

Boris Pasternak

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

La primera vez que tuve noticia de la poesía de Pasternak, fue en una conversación en la que, a propósito de la reciente edición italiana de Giangiacomo Feltrinelli de *El doctor Yivago*, Ilía Ereburg nos contó a varios amigos, en la sala de recepción del Hotel Malmen de Estocolmo, que en un recital de poesías, cuando Pasternak leía una de las suyas, cayeron unas hojas de sus manos y, al interrumpir la lectura para recogerlas, el pueblo en coro continuó hasta la terminación el poema. El poeta, conmovido, con los ojos llenos de lágrimas, apenas sí pudo continuar, después de haber murmurado *spasibo doroguiye*, gracias queridos, en ruso (1). Ereburg, contó esta conmovedora historia con orgullo; con la gran satisfacción de mostrar que su pueblo ama y quiere la gran poesía. Después, se hablaron otras cosas, por desgracia por muy corto tiempo. Finalmente, con su inolvidable mirada inteligente, me dijo: "Si alguna vez va a la Nueva Jerusalem, no se olvide de llamarme, lo invito a almorzar a mi "dacha" y le prometo no mostrarle las grandes realizaciones socialistas, ni el subterráneo de Moscú. No lo olvide. Hablaremos solo de poesía". Y en todo esto, había un poco de todo el cansancio del escritor absorbido por los menesteres políticos. Luego, se ha sabido que después del caso Pasternak, Ereburg dejó de pertenecer a las directivas de los escritores soviéticos. Silenciosamente, el viejo luchador, el viejo compañero de Pasternak, pasó a la reserva, y no es extraño que su fidelidad al poeta hubiera jugado un papel muy importante en este apocamiento.

Algunos meses después, vino el Premio Nobel. Por cierto, que para entonces, *El doctor Yivago*, había sido traducido a diecisiete idiomas, era un *best-seller* en los Estados Unidos, y se había recorrido medio mundo, con la sola propaganda de que el libro estaba prohibido en la Unión Soviética y de que, su autor, no comunista, se permitía decir la verdad sobre algunos aspectos de la revolución rusa, al tiempo que expresaba su profunda confianza de cristiano, en algunos valores perdurables. Pocos es-

(1) La anécdota fue referida posteriormente en la revista *Time* en el número dedicado a Pasternak.

critores han conocido un éxito tan fantástico en tan corto tiempo. Es necesario pensar que dos años antes su nombre era apenas conocido en occidente por eruditos y por especialistas en letras o "cuestiones" rusas.

Hoy, su novela está debidamente amortajada en el cine por un productor norteamericano. Históricamente muerta después de los millones de ejemplares que de ella se vendieron. La verdad es que muy pocos la leyeron desapasionadamente. Quizás la opinión más objetiva es la de "es la novela de un poeta", con lo cual, se quiere señalar muy cautelosamente, que existen algunas distancias entre el nuevo novelista y compatriotas suyos como Tolstoi, Dostoyevski o Gorki.

Y, ahora sí, en lo que se refiere al poeta, los entendidos y conocedores del ruso, no han escatimado adjetivos para exaltar su personalidad, reconociendo en él uno de los más grandes poetas del idioma en todos los tiempos.

En la edición francesa de Gallimard conocí a Yuri Yivago y con él, los poemas que vienen al fin de la obra, que en su mayoría se distinguen por su tono especialmente religioso. Más tarde cayó en mis manos la traducción inglesa de una serie de poesías, debida al juicioso talento del señor J. M. Cohen, que bajo el nombre de *Selected Poems* publicó la editorial "Ernest Benn Limited" de Londres. En este pequeño volumen encontré una visión más o menos clara y panorámica de lo que la poesía de Pasternak es y representa, pues constituye una pequeña antología de cinco de sus libros, a saber: *Poemas iniciales*, *Mi hermana, la vida*, *Tema y variaciones*, *Poemas varios* y *Segundo nacimiento*. Junto con este volumen, me encontré con una antología de cuatro poetas rusos —Mayacovski, Pasternak, Blok, Esenin— publicadas *Aux Editions du Seuil* realizadas por Armand Robin, y el largo poema sobre la revolución de 1905. *El año 1905*, traducido al francés por Benjamín Goriely que publicó "Debresse-Poésie" de París.

La lectura de estos volúmenes me produjo un gran entusiasmo y tomé la determinación de verter al español el texto inglés del señor Cohen cotejándolo con la traducción de Robin y con la que al italiano hizo Angelo María Ripellino, publicada por Einaudi. La poesía de Pasternak que se presenta es, pues, retraducción ya que, por desgracia, su autor desconoce en forma muy autorizada el ruso.

Ellas, son apenas la consecuencia del ejercicio un tanto escolar de acercamiento al poeta, y del deseo de que, aunque sea en una menguada imagen, se conozca una gran obra, pues, me temo, que mucho tardarán las traducciones directas del ruso.

He tratado, dentro de lo posible, seguir el método que el señor Cohen utilizó en sus versiones del ruso y, el cual, es reproducir las imágenes del poeta antes que hacer una traducción absolutamente literal. Algunas libertades me he tomado —*tradottore, traditore*— empero, son ellas muy pocas y solamente lo he hecho con el único objetivo de buscar un ritmo, una melodía, una asonancia, que despliegue la imagen y le de esa frescura resonante que adquieren las palabras, al hacerse consustanciales con la revelación del poeta. Sucede que Pasternak, es un poeta que respeta las for-

mas sacramentales —el ritmo y la rima— de la poesía. Sus versos tienen una gran sonoridad en su propio idioma. Y a pesar de representar modernas actitudes poéticas, muy dentro de la atmósfera del movimiento que comandó Stephan George en su célebre revista *Blätter für die Kunst*, dentro de la cual se encuentran algunos poetas traducidos por Pasternak, tales como Rilke y Hugo von Hofmanstal, no ha dejado de rendir su obediencia —pues que el arte no es más que una altísima suerte de obediencia— a las formas tradicionales poéticas de su lengua. Sin embargo, en la mayoría de los casos, por falta de mayores habilidades, no he tenido más remedio que recurrir a la prosa y, para justificarla, repetiré con el señor Cohen las palabras de Goethe en *Dichtung und Wahrheit*: “Lo legítimo y profundamente verdadero del poeta, es lo que permanece cuando ha sido vertido a la prosa”. Finalmente, a este propósito, he de agradecer a la condesa Támara Oxenstierna por la bondad que tuvo de hacerme algunas observaciones sobre los textos originales y a Vall Kielland por haber tenido la paciencia de leer y releer conmigo este trabajo.

Se ha dicho de Boris Pasternak que es un poeta hermético y que muchos de sus poemas presentan muy grandes dificultades para su comprensión. Esto se ha dicho, sobre todo, en Rusia. Ciertamente, su obra tiene muy poco de la sana insulsez de “la poesía progresista”. Es ella, el resultado de una decantación cultural, y se mueve dentro del ambiente simbólico de la cultura a que pertenece. Por tanto, pues, es absolutamente necesario ser un “iniciado” en sus valores. Ignorándolos, los poemas se tornan indescifrables, oscuros, herméticos. Como toda gran poesía, requiere una disposición especial; requiere una educación; requiere el conocimiento de las reglas de ese juego, por medio del cual, el mago del lenguaje nos comunica con la infinita realidad y nos regala una fruición profunda, al liberarnos por un instante —el instante del verso— de la pesada ficción que nos rodea. Toda gran poesía ha sido “hermética”: con esto quiero significar, que ni Homero, ni Virgilio, ni San Juan de la Cruz, ni Valery han sido populares. No lo ha sido tampoco la mejor poesía de Neruda en nuestros días. De mí, sé decir humildemente, que todavía, es un secreto la alta delectación estética que experimentaba el padre Antonio José López, mi viejo profesor de retórica, cuando leía algunos hexámetros del mantuano ilustre. Me son herméticos, simplemente, como herméticos pueden ser para un cerebro debidamente socializado, estos universos independientes, autónomos, mágicos creados por el poeta.

Sería, por cierto, candoroso aventurar una exploración de la poesía de Pasternak sin el conocimiento del ruso, pues caería en la falla que anoto en el párrafo anterior, y es la de que me faltaría saber una de las normas del juego para poder entenderlo cabalmente. Por esto, tan solo, agregaré algo sobre su personalidad.

Se ha hablado mucho del caso de conciencia de Pasternak, dramático de toda evidencia. Pasternak, el “exilado en su propia patria”; el exitoso autor en cuyo país no se permite la venta de su obra; el generoso hombre que renuncia a la máxima distinción literaria, porque no se vaya a creer que no es solidario “con la sociedad a que pertenece”; el temeroso, y humanamente humano ruso, que se dirige al jefe de su gobierno para que no se le destierre, porque el destierro “significaría la muerte”.

Pasternak, exilado... Pero, ¿es que se puede encontrar algo extraordinario en esto? Pues no ha sido solo él, este ha sido el sino de la mayoría de los grandes poetas, desde Dante hasta Esra Paund. ¿No lo han sido—en destierros verdaderos, o en el destierro del alcohol y de las drogas—las más altas cifras del arte y del pensamiento en todas las edades? Sería interminable si tratara de mencionar nombres. Lo que sucede es que siempre ha sido peligroso tener pensamientos audaces y mantener la entera libertad dentro de las órbitas de esa audacia. Y no todos tienen el tacto de uno de los más grandes poetas contemporáneos, St. John Perse, quien, cuando un célebre político de su país, del cual fue colaborador inmediato y el cual le abrió las puertas a su brillante carrera en la diplomacia francesa, le dijo: “Me han dicho que usted es poeta, ¿es cierto? contestó: “Esa, es una impostura”. Pero Perse tuvo que resignarse al silencio de muchos, muchísimos años.

Y es que, de todas maneras, es insensato el esfuerzo del poeta de acomodar su finísima y polifacética sensibilidad a la roma sensibilidad de la tropa. Siempre habrá un choque en el que saldrá perdiendo o Poe, o Baudelaire, o Pound, o Pasternak. Y ¿por qué no decirlo con ejemplos de nuestra América? O César Vallejo, o Porfirio Barba Jacob. Porque el poeta llegará a entregar todo, aun su propia libertad; podrá llegar a todos los extremos y a todas las humanas miserias, pero nunca entregará la libertad de su obra. Y todo podrá confabularse contra él, porque la política, o el comercio, o la publicidad, querrán ponerlo a su servicio, pero en su labor creativa no podrá ceder un ápice, pues que una sola concesión en ella, por pequeña que sea, puede implicar la pérdida de todo: la pérdida del encuentro con su íntima realidad, que es la fuente y la razón de su vida. Es esto lo que ha hecho Pasternak: subsistir, sin dejar de ser el dócil instrumento de su obra; subsistir, sin dejar de laborar en el alto orgullo de su soledad; pedir que se le deje estar al lado de su pueblo, con la misma desgarradora humildad con que Dostoyevski pedía pequeñas sumas, que le permitieran llevar a cabo sus escalofriantes experimentos espirituales.

Ahora, cuando he visto el rostro adusto y secreto del poeta en las revistas y en los periódicos del gran éxito, mucho me he acordado del viejo Harry Haller de Herman Hesse, el célebre personaje de *El lobo estepario*, que fue uno de los libros reveladores en mi adolescencia. He aquí, otro lobo estepario, otro hombre adusto y misterioso con el corazón anegado de dulzura, cuyo “anhelo nostálgico” le impide sumergirse ciegamente, como los otros hacen, en el torrente de la vida, en el tumultuoso acontecer inmediato. Pasternak, en la misma forma que Harry Haller vagando por las tabernas y buscando mujercitas de vida fácil, no podía “comprometerse” con la vida ordenada y regular de los burgueses, tampoco puede “comprometerse” con la transformación de su pueblo, ni con los experimentos de la revolución, sin cometer la más alta traición que es la traición a sí mismo, pues que, desde antes, ha tenido un compromiso ineludible con su arte.

No está de más recordar, para poner punto final a estas anotaciones, lo que Henry Lefebvre escribió a propósito del poeta: “Camaradas: si disparais contra los ruisseños, ya no habrá más canciones para vuestras noches estivales”.

Versiones del inglés de: Fernando Arbeláez

EL JARDIN ADORMIDO

*Sobre el jardín dormido cae una lluvia de insectos
como cenizas de bronce o metálicas pavezas,
y junto a mí, la luz que me acompaña
sostiene con sus alas mundos multicolores.*

*Como hacia un inaudible secreto,
camino entre la noche
que sostiene este caer desde el húmedo álamo,
asomado a los filos de la luna.*

*Y el estanque, allá lejos, como un deslumbrante secreto.
De los manzanos llegan mareas de susurros.
El jardín alza en el aire una mansión, y es todo,
y cuelga frente a ella el firmamento.*

CIELO INVERNAL

*El estrellado cielo de hace una semana
emerge de la niebla con su capa de hielo.
Los patinadores cruzan los campos congelados
y sus pasos repican
por sobre los espejos de la noche sonora.*

*Se cauto con tus pasos, Patinador, se cauto,
detén tu altivo paso como en vuelo.
Con el polvo finísimo que rizan tus patines
burila las estrellas en el cielo noruego.*

*Al aire lo encadena el acero nocturno,
y nada, nada importa Patinador, tú sabes
que ha mentido la noche con el serpenteo de sus órbitas
que caen a la tierra como máscaras de hueso.*

*Con el cansado ahullido de los perros
la luna se estremece en su talón de acero;
y cual la boca de ese que cincela la noche,
se colman nuestras bocas,
con las lavas que llevan sus helados alientos.*

*Cuando el tiempo del canto llegó para Desdémona—
tan pequeño era el tiempo que quedaba en sus manos—
no fue, no, por amor que ella suspiraba,
fue solo por el sauce, por el sauce tan solo.*

*Cuando el tiempo del canto llegó para Desdémona
su voz se hizo más plena cuando cantó muy alto
sobre el oscuro día, sobre el negro Demonio
que le entregaba el salmo de los ríos gimientes.*

*Y cuando para Ofelia llegó el tiempo del canto—
tan pequeño era el tiempo que quedaba en sus manos—
un viento de aridez cruzaba por su espíritu
como las hojas secas gimen en la tormenta.*

*Y cuando para Ofelia llegó el tiempo del canto
La amargura del sueño la sumió en la locura,
y ¿cuál en el naufragio su trofeo? Una brazada
de celidonias tristes y de sauces.*

*Como harapos cayó la pasión de sus hombros.
Sus corazones náufragos la sumieron después
en aguas infinitas, en el hondo silencio,
en mundos sumergiendo la forma de su amor.*

SOBRE ESTOS VERSOS

*Yo arrastraré en los pavimentos
este polvo de vidrios y de soles,
bajo los techos aéreos del invierno
y me pondré a descifrar las esquinas humedecidas.*

*Con arcos invernales
cantará la boardilla
y extraños acontecimientos, notas, desastres
saltarán hacia el techo.*

*La tempestad de nieve no cruzará la luna
mas cubrirá principios y fines.
Me acordaré que allí está el sol
y desde que ha cambiado
encontraré más vasta la claridad.*

*La Navidad me mirará con el asombro de los grajos,
y el corto esplendor de los días
nos dirá, a mi amada y a mí,
grandes cosas desconocidas.*

*Embozado, con las manos a la altura de los ojos,
me asomaré a la ventana para preguntar:
“¡Niños! ¿Qué siglo es este queridos,
que está fuera de nuestro patio?”.*

*“¿Quién limpiará la senda de la puerta
rebotante de cellizcas,
en tanto fumo con Lord Byron
y bebo con Edgar Poe?”.*

*Y mientras intimo con Derial, (1)
con el infierno, con municiones y armaduras,
embriago mi vida
con el escalofrío de Lermontof
o con el vermut de mis labios.*

MI HERMANA, LA VIDA

*Mi hermana, la vida es un diluvio hoy día
y ha roto todas sus ondas con las lluvias primaverales,
sin embargo las gentes con sus leontinas ordinarias
van lamentándose
y, como las serpientes en la grama, con disimulo nos acechan.*

*Los viejos, es claro, tienen sus razones
todas ellas absurdas,
empero el lila de los campos está
en el fulgor de los ojos
y los horizontes huelen a reseda.*

*Pues es mayo y en los vagones
tú lees tablas de tiempo e itinerarios,
más grandes que las Sagradas Escrituras,
o que los asientos del tren
ennegrecidos por el polvo y las tempestades.*

*Ni un solo momento el chirrido de los frenos
deja de estremecer los mudos aldeanos
frente a sus vinos familiares, que preguntan
desde sus ventanillas: “¿Es esta mi estación?”
y el sol se duele conmigo en el ocaso.*

*Después, la tercera campanada resbala
disculpándose: “¡Perdón, aquí no es!”
La noche está encendiéndose detrás de las tinieblas
y la estepa se hunde entre el camino y las estrellas.*

*Todos cabeceando se duermen dulcemente.
Y como un espejismo de mis amados sueños
desde mi corazón que entre las ruedas
d'este tren chapotea,
la luz voy derramando de las tristes ventanas
a lo largo de la estepa.*

(1) Derial, desfiladero en el Cáucaso. Escenario de poemas de Pushkin y de Lermontof.

*Besos sobre tu pecho como agua del cántaro,
mas no eternas corrientes, incesantes, estival primavera.
No alzaremos de los suelos polvosos
el sonido de las gaitas en las noches
ni sobre ellos girarán nuestros pies.*

*He oído de remotas edades. ¡Muy terribles presagios!
Nadie, entonces, sus manos alzaba a las estrellas.
Se dijeron cosas increíbles. Y no había ningún rostro
en los campos; ni un solo corazón en las lagunas;
ni un solo dios en el bosque.*

*Sosiega tu espíritu y adelante prosigue, chapoteando.
Es el medio día del mundo. Y ¿dónde están tus ojos? No ves
cómo nuestros propósitos
forman nevados bulbos arriba en las montañas
hechos de picachos y nubes;
hechos de vehemencias, de abetos y de pinos.*

*Aquí para el tren de la ciudad. Yacen ahí los rieles, nada más.
Y, más allá, los pinos que nadie cruzará.
Después, está solo el domingo.
El domingo con ramas arrancadas, el domingo
que rueda entre las ciénagas
y que duerme a lo largo de los campos...*

*Cierne su luz el medio día y el domingo se llena de gentes,
y este pequeño bosque invita a creer
que así siempre es el mundo, concebido
por los tiquetes, sugerido por los abiertos espacios,
lanzado hasta nosotros de las nubes
como un dibujo barato.*

VARIACION N° 3

*Inesperadas se precipitan las estrellas. Y el mar empuja los acantilados.
La sal de su espuma enceguece y las lágrimas se han secado.
En las oscuras alcobas, los pensamientos inesperados se precipitan
y el Sahara pacientemente escuchaba la Esfinge.*

*Los cirios goteaban y estas gotas parecieron
la sangre congelada por el Coloso. Y en los labios
la sonrisa del yermo celeste, mientras
la marea se alejaba y la noche empezaba a marchitarse.*

*Al mar lo mueve un leve viento de Marruecos.
Sopla el simún. El arcángel ronca sobre la nieve.
Los cirios gotean. La fragorosa falange del Profeta se sostiene.
La mañana comienza a crecer en el Ganges.*

*Después el verano dijo adiós a la estación.
Y quitándose la gorra
en la noche, como recuerdos el trueno
arrastró un centenar de cegadoras resonancias.*

*Las lilas se hicieron más oscuras. Luego
arrancó un ramo de la aurora
y desde el campo quiso inundar
la casa del comisario con su luz.*

*Y cuando sobre el techo de la casa
fluyeron las ondas de la malevolencia,
como el carboncillo sobre el dibujo
la lluvia comenzó a extender su inmensa capa.*

*Y entonces todo comenzó a disiparse y a hundirse,
y pareció como si en las más remotas esquinas
de la mente, fuera luz como el día es ahora
y lo fuera a ser eternamente.*

POSTSCRIPT

*¡Oh no! ¡No fui yo quien causó tu tristeza!
Por algo más dejaste tu patria. ¡No fue solo por mí!
Era que el sol brillaba en las gotas de tinta
como en los matorrales el polvo cubriendo las grosellas.*

*Y con el río de sangre de mis pensamientos y de mis cartas
hice la grana. Y la hice tan pura
que ni el insecto de la púrpura la hiciera.
¡Oh no! ¡No fui yo quien causó tu tristeza!*

*Fue esa cribada luz vespertina, cuando tembloroso
te besé, casi ahogado por el rojo polen de la tarde.
Y las sombras sintieron tu pulso y tú viniste
detrás del vallado, y miraste los campos,
inflamada, mientras abajo el barniz de las puertas
flotaba en la amapola ceniza del ocaso.*

*Fue el furioso verano que destellaba en los letreros
tirados en las charcas como zurriones manchados por el ardiente sol,
cuando quedó lacrado el cofre del barquero,
y llameaban tu sombrero y tu vestido.*

*Fueron tus pestañas sostenidas por la claridad,
fue el brazo salvaje que defendía las puntas del vallado y lo ataba,
fue el poniente que dejó en tus cabellos
un rubí, el poniente rumoroso de media hora
que luego moribundo
desbordó sus colores de clavel y frambuesa.*

No fui yo. Fuiste tú. ¡Fue tu belleza!

*¡Es asombroso amada! Cuando el poeta ama
piensa que es un inigualable dios arrebatado,
y que el caos todavía crepita entre la luz
más allá de la edad de los fósiles.*

*Y fluyen de sus ojos innumerables marejadas,
y, en lo alto, vendado por las nubes
se le puede tomar por un mamut.*

*Está fuera del tiempo y sabe que es inútil,
que sus días están sobre el momento y que no sabe nada.*

*Y ve como los vecinos se casan
y que ruidosamente se emborrachan, y como se duermen luego
y como dicen —pasada la ceremonia— que esas vulgares
patas de rana, son el mejor caviar.*

*Y como logran comprimir la vida en una caja de rapé,
como un nacarado sueño de Watteau.*

*Y después cómo se vengán, quizás tan solo porque
mientras tejían y entretejían.*

*Mientras enmarañaban su burgués bienestar
con lisonjas y mentiras y acariciaban
sus hombros zalameramente, él
se llevaba una muchacha, como tu, de la tierra
y la tomaba como a una bacante de su ánfora.*

*Los deshielos del Ande se disipan en besos,
y la mañana en la estepa: un imperio de estrellas,
un finísimo polvo que cae sobre la tierra,
como la noche tambaleante
en la pálida queja de la aldea.*

*Y en jergón de paja, de dolor y de fiebre,
el abismo respira viejas exhalaciones,
sombrias arborescencias ascienden por las cosas
y el caos chapotea encima de la selva.*

A UN AMIGO

*Se yo, por ventura, si esta oscuridad
puede ascender a la luz eternal,
¿o irá a perderse en las tinieblas?
¿Quizás soy un monstruo si cien
más caros me son que un millón?*

*¿No es acaso, el plan quinquenal mi propia vida?
¿No marcharé si marcha? ¿No fracasaré si fracasa?
Mas, ¿qué será de mi y de mi pecho?
Soy más lento que toda la inercia. ¿Cómo ser de otra manera?*

*En vano en estos días del poderoso sóviet
los más apasionados recibirán sus puestos,
y dejarán un puesto listo para el poeta,
que si no está vacío será muy peligroso.*